

FRENTE AL ESPEJO DEL CAMERINO

CONCHITA MONTES SE DESCUBRIÓ VOCACION DE ACTRIZ CUANDO YA LLEVABA TIEMPO TRABAJANDO

Por JOSEFINA CARABIAS

LA MODESTIA SE DISFRAZA DE HUMOR

A Conchita Montes se la podría definir diciendo que es "un espíritu con ojos".

Cuando miro hacia el espejo del camerino ante el cual ella se coloca la melena pelirroja que luce en el papel de Maribí, no veo más que eso: unos ojos negros, enormes, expresivos por los que asoma, descarado, el talento.

Y conste, que al decir talento en este caso, no me refiero a lo que llaman "talento de actriz", sino al otro, al absoluto. El talento de Conchita Montes es de los que no necesitan coetilla. Y como, además de talento, tiene muchísimo humor, cuando oye elogiar sus prendas intelectuales y sus habilidades múltiples, pone Conchita una cara que da mucha risa y responde con esa gracia tan particular suya:

—¡Monísima la chica, monísima! Ella canta, ella baila, ella escribe, ella guisa!... ¡Y si la vierais coser!... ¡Una monada de criatura!

Y así, hasta que el piropeante suelta la carcajada y se pone a hablar de otra cosa, que es lo que a Conchita le gusta. Porque, para que todo ello sea perfecto... ¡hasta es modesta!

Una amiga llegó, estando yo allí, al camerino de Conchita Montes. Inmediatamente surgió ese diálogo que se desarrolla siempre "cuando una actriz encuentra a otra actriz":

—¡Estás guapísima, Conchita!

Pero Conchita, en lugar de seguir el diálogo, conforme a los cánones clásicos, diciendo: "¡La que estás guapísima eres tú!, ¡y cada día más joven!...", respondió:

—¡Vamos, no digas tonterías! ¡Qué voy a estar guapísima!

—Que sí...

—Que no, mujer, que no... ¡Me lo vas a decir a mí!...

UNA MUJER QUE PUEDE COMER DE TODO

Habíamos elegido para charlar esa hora y media de que las actrices disponen entre la función de tarde y la de noche y que hay que aprovechar también para cenar.



Maribí.

El público del restaurante miraba a Conchita tan complacido como el público de la Comedia. Las señoras cuchicheaban. Los hombres pagaban sus cuentas más contentos. "La verdad es que resulta caro—pensaban—, pero hemos cenado bien y, además, hemos visto a Conchita Montes al natural."

—¡Cuando se lo contemos a los del tercero izquierda, les dará mucha rabia! Ellos, que presumen de conocer a todo el mundo...—decía una señora.

—Yo lo que siento—agregaba el marido—es no habernos traído el cuaderno de autógrafos de la niña...

A todo esto, a nosotras se nos iba pasando el tiempo sin ocuparnos de la entrevista. Yo notaba que Conchita—aunque lo disimulaba por amistad hacia mí—no tenía el menor deseo de hacer declaraciones. Todo el fuego de sus ojos, todo el chisporroteo de su ingeniosa conversación se apagaban en cuanto yo ponía cara de preguntar algo. Así se lo dije.

—No... ¡qué va! ¡Si me hace muchísima ilusión!...—protestaba la pobre, tan fina, tratando de ayudarme y de disimular ese "deje" guasón, característico en ella.

Conchita había pedido angulas y un entrecot con patatas fritas, que no se lo saltaba un galgo. Es una de las contadas mujeres que no tienen miedo a engordar, porque no saben lo que es esa calamidad.

—Tú, cuando ibas para abogada, segu-

(Continúa.)



Paca.

(Continuación.)

ramente que ya tendrías vocación de actriz—la dije.

—Absolutamente ninguna.

—Entonces, ¿a qué fuiste a Hollywood cuando terminaste la carrera de Derecho?

—Puntualicemos. Yo fui a la Universidad de Columbia, en Nueva York, a fin de perfeccionar el inglés y los otros idiomas para poder ingresar en la carrera diplomática, que era mi ilusión. A Hollywood fui en las vacaciones, como turista curiosa para ver qué era aquello.

Cuando más tarde, Conchita se encontró con que las puertas de la diplomacia estaban cerradas para la mujer española, se dedicó a la literatura. Fue a Italia a hacer diálogos para una película. Por puro azar la encomendaron un papel, y así empezó su carrera de artista de "cine".

—La vocación de actriz me la descubrí cuando ya llevaba bastante tiempo trabajando.

—Y..., ¿por qué dejaste el "cine"? Dicen que da más dinero y más fama que el teatro.

—A mí, no. Además, la vocación que yo descubrí trabajando ante la cámara fue una vocación de actriz de teatro.

—¿Por qué dejaste de escribir, teniendo tantas condiciones?

—Tengo horror a la dispersión. Además, practico contra mí misma una autocrítica implacable. Sin embargo, cuando puedo, sigo haciendo adaptaciones de teatro extranjero y algunas cosas más. No me meto a fondo en la literatura, porque creo que la persona no puede meterse a fondo en tantas cosas al mismo tiempo.

EL "TODO PARIS" APLAUDIO A CONCHITA

Intenté que me hablara de su sensacional presentación en París la primavera pasada. Pero Conchita, que tiene soberbias dotes narrativas cuando se trata de asun-



Elena.

Conchita Montes caracterizada de las cuatro mujeres que encarna tan magistralmente en la comedia de Mihura "A media luz los tres". (Fotos Gyenes.)

tos ajenos, no sabe narrar éxitos propios. Sin embargo, yo sé que, atraído por los elogios que había hecho de Conchita Montes, André Maurois, acudió el "todo París" a verla en "El baile". Se recaudaron en dos días más de dos millones de francos. Ella se los entregó íntegros a unas monjitas que educan niños españoles humildes.

—¿Te resulta difícil encarnar los cuatro papeles distintos que haces en la obra de Mihura?

—Al principio, sí. ¡Era tan fácil descuidarse y no dar a cada uno el debido matiz diferencial!

—¿Estudias mucho?

—Muchísimo. ¡Tengo tanto tiempo libre!

—Jamás he oído decir, eso a ninguna actriz en ejercicio.

—Porque tendrán la suerte de dormir bien. Yo, en cambio, como padezco insomnio, tengo toda la noche libre para trabajar. Durante esas horas en que todo el mundo duerme es cuando yo leo, estudio y hasta pongo en orden los armarios.

SUS DOS ASPIRACIONES

Conchita Montes es madrileña por los cuatro costados. No hay entre sus ascendientes nadie que no sea de Madrid en cuatro generaciones.

—¿Cuál es tu más viva aspiración en este momento?

—Tengo dos: dormir por la noche y pasar un verano entero en Madrid descansando.

J. C.



Lolú.